

Dentro de estas constantes hay variadísimas tendencias, desde un realismo excesivo que llega a posiciones panteizantes hasta un nominalismo que toca el escepticismo (aunque corregido por la fe, cristiana, musulmana o judía); hay un notorio influjo platónico y otro aristotélico, con interminables conexiones y connivencias. Y en el conjunto es destacan netamente figuras y líneas de pensamiento; pero a la vez hay nombres que no pueden soslayarse, ya porque sirven de nexos conectivos, ya porque introducen temáticas nuevas que más tarde se muestran fecundas, pese a surgir de autores secundarios. A esto se suma el problema cronológico: destacar las secuencias ideológicas significa trastocar el orden histórico. Hay continuidades que impiden seguir el ritmo temporal.

El autor de este manual ha sabido manejar con admirable dominio un cúmulo ingente de materiales, dando a cada autor y a cada línea su justa ubicación, subrayando los parentescos doctrinales y los cauces de ideas, sin dislocar los periodos y siendo fiel a la concisión exigida por la índole del texto. Pero tal vez sea mayor mérito suyo el despierto interés que demuestra por los últimos resultados de las investigaciones más recientes. Porque, contrariamente a lo que ciertos expositores interesados de la historia del pensamiento desearían hacer creer a sus lectores desprevenidos, la actividad intelectual de la edad media es uno de los focos de interés más atractivos para los investigadores actuales.

En conclusión, esta obra hace honor a la colección de manuales tomistas que nos brinda la editorial Herder española, en una presentación que supera ampliamente a la original francesa. Pero, como un juicio crítico no debe convertirse en un panegírico, señalaré algunos lunares: la bibliografía, en general muy actual, no cita la última edición de *L'être et l'essence* de Gilson, con apéndices de decisiva importancia, quedándose en la original de 1948, cuando la más reciente data de 1972; asimismo cita, del mismo autor, *Le thomisme*, en su quinta edición, de 1944, siendo así que la sexta, de 1972, incluye modificaciones de real significación. De Avicena menciona una edición veneciana de 1945-1946; sin duda se trata de un error del linotipista: la edición veneciana es de 1495; pero podría mencionarse la copia fotostática de Lovaina, 1965, sobre la reedición veneciana de 1508. Asimismo la primera edición de las *Disputationes* de Suárez no es de 1957, sino de 1597.

La colección queda completa con esta obra y la complementaria de textos, de la cual hablo en otra recensión, debida al mismo autor. Sin embargo, se nota la falta de una *Filosofía Social*; la Ética de este curso, debida al P. Simón y titulada *Moral*, sólo abarca los temas generales y los de ética individual. Tal vez el talentoso autor de este volumen podría darnos una síntesis del pensamiento social tomista, tan necesaria en nuestros días, acuciados por problemas de esta índole.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

PASCAL F. FOLEY (ed.), *Proceedings of the Seventh Centenary Celebration of the Death of Saint Bonaventure*, St. Bonaventure University, St. Bonaventure, N. Y., July 12-15, 1974, published by The Franciscan Institute, St. Bonaventure, N. Y., 1975, 120 pp.

La feliz coincidencia de centenarios —Santo Tomás y San Buenaventura— ha hecho proliferar los homanejs a uno y otro santo autor. La *St. Bonaventure University* de New York ha contribuido lo suyo con una Sesión Especial tenida allí durante los días 12-15 de julio de 1974. Cuatro expositores fueron invita-

dos, a todos los cuales se los declaró "Doctor honoris causa": el P. Zachary Hayes. O. F. M. ("Toward a Philosophy of Education in the Spirit of St. Bonaventure", y "Revelation in Christ"); el P. Ignatius Brady. O. F. M. ("The *Opera Omnia* of Saint Bonaventure revisited", y "St. Bonaventure's Theology of the Imitation of Christ"); el Arzobispo Joseph Tail, Exarca de la Iglesia Melkita de Estados Unidos ("The Melkite Greek Catholic Church and Ecumenism"), y el Cardenal Larence Shehan ("Ecumenism today"). Volumen breve pero sustancioso, donde los trabajos de Hayes y de Brady interesarán especialmente a nuestros lectores.

La nota simpática la da el hecho de tratarse de un volumen obsequiado a los suscriptores de la conocida revista *Franciscan Studies*.

J. E. BOLZÁN

ADOLFO MUÑOZ ALONSO, *Metábasis evangélicas*, Editorial Dirosa, Barcelona, 1974, 179 pp.

En su acepción más amplia y general, un texto es un hecho lingüístico, un objeto construido con palabras. Cada una de esas palabras posee un núcleo de significación, pero no basta entenderlas una por una para comprender el sentido del texto. Mientras cada una de las unidades significantes no aparezca funcionalmente referida al texto en su totalidad, mientras no se perciba el texto como una unidad sintética, su sentido seguirá siendo un enigma.

Esto se hace más evidente aún, cuando se trata de comprender un texto novedoso o difícil. El lector no se encuentra totalmente desposeído frente a él, siempre que posea un conocimiento de la lengua en que el texto está escrito. Apoyado en ese conocimiento, puede afrontar una primera lectura. En esa primera aproximación, no tiene otro recurso que asignar a las palabras su significado común. Pero poco a poco, por una inversión casi insensible, comienza a percibir que muchas de las palabras empleadas en el texto no están revestidas de su acepción ordinaria, sino que han recibido un significado nuevo o poseen, por lo menos, un matiz semántico peculiar. A partir de ese descubrimiento, el texto comienza a hacerse inteligible y el lector se va apropiando progresivamente de su sentido.

Este hecho, aparentemente banal, cobra particular relevancia cuando el texto que se lee es el Evangelio. Ante la necesidad de expresar su fe en Jesucristo, los primeros cristianos recurrieron espontáneamente al lenguaje que hablaban los destinatarios del mensaje evangélico: fe, esperanza, amor, reconciliación, redención, salvación, eran palabras empleadas por los griegos antes de ser incorporadas a la terminología del Nuevo Testamento. Incluso la palabra Cristo, en su acepción original griega, significaba simplemente "ungido". Pero el uso cristiano de esos términos modificó profundamente su significado común y le asignó nuevos valores. Es decir, produjo una *metábasis*.

*Metábasis*, dice Adolfo Muñoz Alonso en la introducción a la obra que estamos comentando, es una palabra griega. Significa un cambio de la marcha. En medicina, el paso de una enfermedad a otra; en retórica, una transición de ideas. Se realiza una metábasis cuando un significante cambia de alcance y de significado, de tal manera que termina por apuntar a lo contrario o, por lo menos, a algo muy diferente. Algunos equívocos se deben a una metábasis en el lenguaje: las palabras ya no significan lo mismo que al comienzo.